
A lo largo de su vida, Pizarro demostró una admirable y esforzada perseverancia en sus objetivos. Luego de llegar a La Española en 1504, trabajó bajo las órdenes de diferentes jefes y, más adelante, en Panamá, bajo el mando del célebre Pedrarias. En esa etapa, por encargo de éste y como lugarteniente de Vasco Núñez de Balboa, participó en el descubrimiento del océano Pacífico y, en los años posteriores, atisbó por la versión de Panquiaco, hijo del cacique de Comagre en el Darién, la posible existencia de una importante cultura o imperio al Sur de Panamá: el Viru o Peruquete. Y desde entonces comenzó su búsqueda con Alonso de Ojeda, Balboa y Pascual de Andagoya, al que, tras su desertión, reemplazó como jefe por elección de los soldados. Con el objetivo ya definido, mantuvo la constancia, un valor que Maquiavelo había enunciado advirtiendo que “el príncipe debe guardarse de ser despreciado por cambiante o afeminado”, esto último en el sentido de demostrar temor o cobardía.

CONSTANCIA EN EL TIEMPO

Entre 1520 y 1524 Pizarro logró convencer de sus propósitos a otro cazador de esclavos indígenas, Diego de Almagro, y a un prelado de Panamá, Hernando de Luque. Con ambos suscribió el acuerdo de la Compañía del Levante, para descubrir y conquistar las tierras al Sur del Pacífico. Así, en 1524 y 1525 se llevó a cabo el primer viaje con resultados casi catastróficos por lo inhóspito de las zonas descubiertas, y por el temor y la deserción de los soldados enrolados por Almagro. Fue una aventura que duró casi dos años, que ocasionó 130 muertos, en la que Pizarro sufrió siete heridas y en la que se llegó hasta el río San Juan. Pero en esa aventura se produjo el célebre episodio de la Isla del Gallo, con siete meses de ansiedad y hambre, que marcaría en adelante la imagen de Pizarro ante la sociedad española en América.

En 1526 y 1527 se realizó el segundo viaje que duró casi tres años, con tres navíos y 160 hombres. En él se llegó hasta la bahía de San Mateo, desde la cual, con el piloto Bartolomé Ruiz, navegaron hasta la desembocadura del río Santa. Además, visitando la ciudad de Tumbes, comprobaron la existencia de una importante cultura en la zona y tuvieron las primeras informaciones sobre el Tawantinsuyo, cuando aún lo gobernaba Huayna Cápac, al cual, por cierto, le dejaron como mensaje mortal la viruela.

Tras haber confirmado su objetivo, Pizarro buscó dar legitimidad a sus acciones, lo cual sería una de sus reglas principales: tener un fundamento legal y

sólido para su autoridad. Para finales de 1528 viajó a Toledo. Allí, aunque no se sabe si logró entrevistarse con el emperador Carlos V, sí tuvo reuniones con la reina y, a consecuencia de éstas, suscribió, en 1529, las célebres Capitulaciones de Toledo que lo autorizaban para la conquista y lo nombraban capitán general y gobernador de todo aquello que descubriera. En este caso, para allanar su futuro camino, dejó de lado las pretensiones de Almagro y Luque y logró ser reconocido por la corona con los más altos cargos.

Además, en 1528, debió sufrir, avergonzado, la competencia de Hernán Cortés que llegó de México ante los emperadores con una enorme procesión de riquezas, indígenas y animales exóticos, un hecho que causó gran impresión en Toledo, en toda la corte y la población. Pizarro, que apenas había llevado algunos artículos de oro, productos textiles y dos indígenas que después serían sus traductores, Felipillo y Martinillo, debió sentir una gran inferioridad ante el alarde publicitario que Cortés —más joven, con mayor apostura y como estudiante de Salamanca— había desplegado ante la corte. Para colmo de males, Hernán Cortés era su primo extremeño.

Pero premunido de la legitimidad real y después de superar gravísimos conflictos con Almagro y Luque, quienes consideraron haber sido traicionados, en 1530 inició el tercer viaje de dos años de marchas e inhóspitos campamentos hasta llegar a Cajamarca en noviembre de 1532 y dar el paso decisivo para la conquista del Perú. De allí partió en agosto de 1533 para llegar al Cusco en noviembre y alcanzar la cima de sus propósitos con la fundación de Lima en 1535.

En todo esto hay se revela una línea de constancia que no existió en otros capitanes. Si comparamos la conducta de Pizarro durante estos doce años de acción continua, con las actividades que Pascual de Andagoya, descubridor del Darién y la costa colombiana, y lo que otros capitanes hicieron hacia el Norte y el Sur de Panamá, veremos hasta que punto Pizarro sí se mantuvo firme en sus propósitos. Era más constante. Desde 1523 hasta 1541 transcurrieron dieciocho años en los que no se doblegó ni un momento su decisión de ir al Sur a construir un reino. Éste también es el caso de Simón Bolívar, quien —entre 1812, año de la caída de la primera junta en Caracas, hasta 1824 en Ayacucho y su muerte en 1830, incluido el largo periodo de preparación y lucha en las riberas del Orinoco— se mantuvo dieciocho años en la acción conductora. Y el mismo empeño mostró Alejandro desde su salida de Macedonia hasta su muerte, ocurrida ocho años más tarde, en una sola campaña. Pero Alejandro tenía dieciocho años al comienzo de su reino y Bolívar apenas 29 al iniciar y 47 al concluir su epopeya, dos años menos que los que contaba Pizarro cuando comenzó su primer viaje. En el siglo XVI un hombre cercano a los cincuenta ya era prácticamente un anciano.

Fue más constante que Almagro, el cual —en la entrevista de los tres socios en el pueblo de Nombre de Dios en la actual Panamá— tomó la decisión de alejarse del proyecto de conquista por no haber obtenido el cargo de gobernador de alguna de las tierras por descubrir. Pizarro optó por dirigirse a Juan Ponce de León, proponiéndole integrarse a la expedición

como socio y obtuvo su promesa de armar algunos barcos. Con esta estratagema logró que Almagro se reintegrara a la empresa, pero en un papel subordinado como organizador, reclutador y administrador, renunciando a la ambición de compartir con Pizarro el papel de jefe y vanguardia.

CONSTANCIA EN EL MANDO

Una segunda prueba de constancia en la conducta de Pizarro es su estabilidad en la jefatura. Entre 1529, cuando tras las *Capitulaciones de Toledo* asumió la conducción de la expedición, y junio de 1541, cuando fue asesinado, transcurrieron doce años en los cuales jamás se puso en duda por ningún español, ni por los indígenas aliados o por sus adversarios en el Perú, que Pizarro era, como gobernador y capitán general, el jefe absoluto de todo el proyecto de creación de un nuevo reino o Estado.

Por el contrario, si recapitulamos lo ocurrido tras su muerte, veremos cómo, en los siete años siguientes (1541-1548), se sucedieron seis jefes o gobernantes; primero, tras la muerte de Pizarro, Almagro el Mozo; luego Cristóbal Vaca de Castro, el gobernador y supervisor real que derrotó a Almagro el Mozo en Chupas; a continuación —y durante breve plazo— el primer virrey Blasco Núñez de Vela al cual Gonzalo Pizarro derrotó y ajustició en Añaquito, en nombre de los encomenderos y en contra de las leyes nuevas. Después de tres años y medio de poder de Gonzalo y retirado a la ciudad de Cusco, siguió la presencia de Pedro de la Gasca como presidente de la Audiencia designado

por el rey, quien, tras derrotar a Gonzalo Pizarro en la batalla de Jaquijahuana, cerca al Cusco, finalmente fue sustituido por el segundo virrey del Perú, con el cual se estabilizó la conducción española desde la ciudad de Lima.

Fue la firmeza de carácter de Francisco Pizarro la que lo mantuvo durante doce años en la conducción única de la experiencia conquistadora y colonial. Vale la pena recordar a Maquiavelo cuando señala: “los hombres aman según su fantasía pero temen según el carácter del príncipe”, pues para todos los conquistadores era claro que el carácter de Pizarro, sin caer en el exceso sanguinario de sus hermanos o de otros capitanes como Pedro de Alvarado, Alonso de Alvarado o Francisco Chávez que fueron responsables de los mayores crímenes, era de una firmeza temible para quienes se atrevieran a contestar su rol fundamental.

En este sentido, Pizarro construyó su estabilidad sobre la constancia de la que dio prueba; en segundo lugar sobre su determinación de ir siempre hacia adelante en la conquista y en la construcción de una nueva sociedad; en tercer lugar sobre la firmeza de su carácter respetado por los miembros de sus huestes y, en cuarto lugar, sobre las demostraciones excepcionales, pero ejemplares, de crueldad cuando la juzgó necesaria para escarmentar o aterrorizar a quienes impugnaron su autoridad. Sufrieron la muerte los doce caciques de Amotape y la Chira en los primeros momentos de su presencia en Perú, pero también la sufrió el Bartolomé Ruiz, el primer piloto del Mar del Sur, según designación real, y uno de los trece de la Isla del Gallo, al que se acusó de escribir un libelo

contra Pizarro y que por ello fue despojado de las yemas o pulpejos de los dedos, aunque después se demostrara que la acusación fue falsa, razón por la cual Pizarro le pidió perdón haciendo gala de humildad. Mas, si por ello se acusa de crueldad a Pizarro, también recuérdese el caso del “magnánimo” Julio César, quien actuó con mayor dureza en muchas ocasiones contra sus soldados de la Novena Legión a los que hizo diezmar a golpes de garrote por negarse a marchar sobre Roma.

Y es que Maquiavelo había señalado como norma para el príncipe que, entre la crueldad y la clemencia: “Mejor es ser cruel en vez de dejar que, por ser misericordioso el príncipe, ocurran los desórdenes”. En ese sentido, los crímenes de Pizarro no fueron decisiones políticas guiadas por la ambición pecuniaria o el deseo de venganza y el odio, sino por la necesidad de afirmar su proyecto. Así lo explicaremos en el caso de la muerte de Atahualpa o en el haberse fingido ignorante de la muerte de Huáscar. Resulta excepcional la crueldad con la que actuó en la ejecución de Cura Ocllo, esposa de Manco Inca, a la que hizo flechar por los indios cañaris y cuyo cadáver abandonó en el río Vilcanota para que sirviera de sanción y escarmiento a Manco Inca, un hecho abominable que critican sus secretarios y los cronistas. A pesar de este caso, Pizarro, al igual que Maquiavelo, supo distinguir entre ser temido a través de estas acciones y cumplir roles de exagerada crueldad que generaran odio, como la rapiña de los bienes de otros españoles o de las mujeres de los líderes indígenas. Estos actos, como Maquiavelo señala, originan odio contra quienes deben ser

obedecidos. Y el odio conduce, inevitablemente, a la sangre, como lo sufrió Pizarro el 26 de junio de 1541.

Pizarro no fue amado por doña Inés, la hermana de Atahualpa con la que procreó a Francisca, como sí lo fue —y apasionadamente— Hernán Cortés por la Malinche, que firmemente le sirvió en la conquista. Pizarro no fue amado por sus hombres, pero sí fue respetado y obedecido por los soldados, por los funcionarios, por los aliados indígenas e, incluso, por sus adversarios. Pizarro, gracias a su constancia, ganó más respeto que temor u odio entre aquellos que debían obedecerle.

CONSTANCIA EN LA TÁCTICA POLÍTICA: EL TRUEQUE DE LAS CARTAS Y LAS PERSONAS

La perseverancia como característica esencial de su actuación también se muestra en el trueque político de fuerzas, en el canje de personas y objetivos que, como en un maquiavélico juego de baraja, desarrolló a lo largo de todos los años de su actuación, siempre con un saldo positivo de ganancia.

- a) Comenzó asociándose a los tumbesinos frente a los vecinos de Puná y otros cacicazgos, y luego atando los cabos sueltos de las rivalidades comarcanas.
- b) Logró articular a casi todo el Norte, incluido el gran Chimo Capac de los valles de Jequetepeque, Túcume, Moche y chicama, contra Atahualpa.
- c) Después, acompañado por ellos y por miles de indios auxiliares se hizo presente en Cajamarca para su golpe de mano.

- d) A continuación, canjeó la captura y la vida de Atahualpa por ocho meses de paz y tranquilidad para recibir el rescate y, al mismo tiempo, para desalentar por hambre a los guerreros quiteños de Rumiñahui, quienes finalmente optaron por volver a su tierra, pues en vez de sitiadores resultaron sitiados por el desorden agrario, la falta de alimentos y la incomunicación. Los cronistas narran como, en ocasiones, los indígenas se presentaban desarmados y tambaleantes musitando las palabras: *sara sara*; es decir, “maíz maíz”.

Como veremos más adelante, otras de sus reglas de estrategia fue la captura de los centros de acopio de alimentos, riqueza y legitimidad. Pedro Sánchez de la Hoz escribió que, a pesar de la amenaza de la invasión quiteña, en la zona no había alimentos: “Confesaron esta conspiración, [y] como venían a la tierra cincuenta mil hombres de Quito y muchos caribes y que en todos los confines de aquella provincia había gente armada en gran numero [pero] que por no hallarse mantenimientos para toda así junta, se había dividido en tres o cuatro partes y que todavía esparcida de esa manera eran tantos que no hallando con que sustentarse cogían el maíz verde y lo secaban porque les faltaron vituallas”.

- e) Gracias a esto, teniendo al jefe indígena prisionero e informado de todo lo que éste y sus ejércitos hacían, permitió que Atahualpa continuara devastando la zona Sur y el Cusco, que destruyera los rezagos de los ejércitos del Huáscar y que, una vez capturado, fuera asesinado cuando se acercaba

- a la ciudad de Cajamarca. De esta manera se produjo un nuevo canje: la vida de Atahualpa por la muerte de Huáscar y la destrucción de todo poder del Sur.
- f) Una vez muerto Huáscar encontró un argumento para la muerte de su prisionero y pudo utilizar la ejecución de Atahualpa como una llave para la conquista del Sur. La muerte de Atahualpa, tras un simulacro de juicio, le ganó la fidelidad de toda el área de influencia cusqueña y el desorden en las tropas de Chalcuchímac y Quisquis, ubicadas en Jauja y Cusco respectivamente, lo cual —más adelante— motivó la rebelión de los jaujas en contra de Chalcuchímac, el general quiteño.
- h) Con éste hizo un nuevo canje cuando, por orden de Atahualpa, el general se entregó prisionero. Entonces, tras la muerte del jefe indígena y con todo el actual territorio del Perú unido en contra de los ejércitos quiteños, mantuvo con vida a Chalcuchímac, jefe del ejército del centro en Jauja, a pesar del pedido cusqueño de su ejecución, pues como lo expresó por la boca de su secretario Francisco de Jerez, “Chalcuchímac es la llave para el viaje al Cusco”.
- i) Llegado en paz a las cercanías del Cuzco, canjeo la vida de Chalcuchímac por la amistad de Manco Inca, pretendiente al trono; y, antes de entrar al Cusco y proceder a su coronación, para crear una legitimidad indígena subordinada a su autoridad, procedió a quemar en la hoguera a Chalcuchímac en la llanura de Jaquijahuana, entre los pueblos de Anta y de Zurite.

- j) Tras la coronación de Manco Inca, intentó canjear su autoridad por la de sus hermanos Juan y Gonzalo, imponiéndolos como autoridades del Cusco; éste fue su primer gran error político debido a su ausencia. Con Pizarro en Lima se produjo la sublevación de Manco Inca por las crueldades y abusos cometidos por sus hermanos.

Si se analiza esta sucesión de trueques de valores, personas y fuerzas con el mismo objetivo de desplazamiento geográfico y consolidación de fuerza, se ve con claridad la persistencia en el sistema de acción política de Pizarro. Pero este cambio de naipes o personas no sólo lo hizo con los indígenas, sino también con sus propios compatriotas. Con ellos tuvo éxito en trocar y equilibrar las fuerzas para cumplir su propósito.

- K) Recordemos que, después de haber dejado de lado a Almagro y Luque en sus capitulaciones con la corona española, convirtiéndose en el dueño único y jefe sin competencia, amenazó a Almagro con canjear su presencia por la de Ponce de León y logró el retorno de Almagro en una condición disminuida.
- l) Sin embargo, Ponce de León, buen jugador, “contragolpeó” y a cambio de los barcos y los soldados reclutados, le exigió llevar como lugarteniente a Hernando de Soto, un aventurero de gran fortuna en la guerra. Pizarro fingió aceptar; aunque, si bien uso en muchas ocasiones a De Soto como adelantado de su pequeño ejército, siempre se valió de Almagro para contener su ambición.

- m) Cuando Soto, que había sido la vanguardia hacia Cajamarca en Cajas y fue el primero en presentarse ante el Atahualpa en los baños de Cajamarca, intentó ser el primero en llegar al Cusco, Pizarro respondió canjeándolo por Almagro y enviándolo con urgencia para detenerlo en Vilcaconga donde, sin que lo supieran, Soto ya había sido interceptado por las fuerzas de Quisquis.
- n) Pero esa revaloración de Almagro la disolvería tiempo después, acordando, en uso de las autorizaciones reales, la conquista de Chile, donde distrajo su atención durante dos años, empobreciéndolo y haciéndole perder gran parte de sus tropas.
- o) Almagro fue utilizado como un naípe cuando Pedro de Alvarado, lugarteniente de Cortés en México, se presentó súbitamente en Piura, con once navíos y seiscientos hombres, dispuesto a sustituir a Pizarro en la conquista del Perú. Contra él, Pizarro envió a Almagro, comerciante de esclavos y organizador administrativo, que compró por cien mil pesos, equivalentes a quinientos kilos de oro, las naves y el derecho a disponer de los seiscientos hombres. Pero el efecto no querido de ese canje fue que esos nuevos soldados resultaron pobres en relación con la antigua hueste ya enriquecida por el rescate de Cajamarca y el tesoro del Cusco, y se convirtieron en seguidores de Almagro.
- p) Sin embargo, con la expedición a Chile, Almagro fue empobrecido y muchos de esos hombres murieron o se perdieron en el camino.

Toda decisión tiene pues, efectos positivos y al mismo tiempo “consecuencias no queridas” y aun

- “disfuncionales” como lo señala el sociólogo Robert K. Merton, pero la sagacidad de un actor político consiste en identificar lo positivo —aún en la mala circunstancia— y Pizarro fue ducho en ello.
- q) Vuelto de Chile, Almagro, a pesar de sólo contar con una parte del ejército inicial, levantó el sitio del Cuzco amenazado por Manco Inca, y obtuvo un canje en apariencia desfavorable para Pizarro: la posesión del Cuzco por parte de Almagro. Pero éste, como era inevitable, fue postergado en muchas ocasiones, declaró de inmediato que mantendría la ciudad como capital de su gobernación de Chile. Pizarro lo dejó hacer, pues esa “pérdida” le permitió salvar la vida de sus dos hermanos. Además, la toma del Cuzco por Almagro fue técnicamente un golpe de Estado, y Pizarro, con su legitimidad, después podría recuperar sus derechos.
- r) Gracias a ese argumento, jugó como carta a Hernando Pizarro, haciéndolo jefe del ejército contra Almagro al cual derrotó en la batalla de Las Salinas, tras la cual procedió a su ejecución, “tan pobre que no tuvo ni siquiera un paño en su degolladero para recoger la sangre”.

Vemos nítidamente como Almagro fue utilizado y trocado por otros personajes, siempre permaneciendo como una figura útil a Pizarro. Almagro por Ponce de León, Almagro por Soto, Almagro por Pedro de Alvarado, Almagro por Chile y la tranquilidad, Almagro con el que conferenció en Mala antes de la lucha por Hernando Pizarro, cuya libertad pidió y al cual, craso error, el socio tuerto puso en libertad y finalmente,

Hernando por Almagro, derrotándolo en la Batalla de Las Salinas. Todo ello muestra, por parte de Pizarro, un orden inflexible y un manejo absolutamente táctico de las personas, ora como naipes de la baraja, ora como jugadores adversarios, pero siempre en beneficio a la constancia estratégica de sus objetivos.

Almagro, en cambio, fue un mal jugador de la baraja política. Vuelto de Chile quiso canjear a Gonzalo y Hernando Pizarro, sitiados en el Cusco, por la amistad de Manco Inca, asociándose con él en Calca, pero éste no creyó en él como antes lo había hecho con Pizarro. Luego de tomar el Cusco, Almagro fue dueño del mayor ejército en el Perú y pudo enviar a Rodrigo Orgóñez a tomar Lima pero otra vez jugó mal y lo envió a la selva a capturar a Manco Inca en Vitcos. No sólo eso, desesperadamente, coronó a Paulu, hermano de Manco, que meses más tarde lo abandonaría en la hora decisiva de Las Salinas junto con sus tropas indígenas, pasándose al bando pizarrista.

Almagro era un buen segundo, ordenado y eficaz pero, como suele ocurrir, sucumbió a la tentación de ser el primero y perdió la partida y la vida.